

# Beleza

## o las batallas perdidas de Ricard Baró

*“Desatado del cuerpo, desatado / del ansia, vuelvo al ansia, vuelvo a la memoria de tu cuerpo. Vuelvo, / y arde tu cuerpo en mi memoria, arde en tu cuerpo mi memoria”. Octavio Paz. Salamandra*

### Álvaro Belin

Para Octavio Paz, los cuerpos son jeroglíficos sensibles, “cada cuerpo es una metáfora erótica”. Siendo un objeto aprehendido visualmente, la percepción que tenemos del cuerpo humano proviene más de la sensación que de la razón, ofrece significados que no se decodifican con herramientas lógicas, se ramifica en luces intermitentes que hienden la oscuridad. Y cambia en cada mirada, se transmuta, varía según la intensidad de la luz, la hora, el lugar, la posición, sus atuendos, sus elementos atávicos; ofrece aristas sin entrever, genera súbitos escalofríos, exalta o condena, repele o embelesa.

En las fotografías de Ricard Baró, el cuerpo femenino se exalta en sus singularidades: la mujer es un signo, un guarismo, una fracción aritmética que intuye el todo. Para Jean Braudrillard, “el carácter específico de lo femenino está en la disfracción de las zonas erógenas, en una erogeneidad descentrada, polivalencia difusa del goce y transfiguración de todo el cuerpo por el deseo”.

Tal vez por eso sus imágenes nos velan la posibilidad de ver al cuerpo en su totalidad. Como sucede en la realidad, el fotógrafo lo desprende en sus partes, lo desmembra, le atribuye propiedades cromáticas y sensoriales y lo geometriza, de la misma manera como el recuerdo se encarga de recuperar nuestros avistamientos cuando está ausente el cuerpo del deseo.

Estos cuerpos desarticulados, estas fracciones elevadas a la calidad de potencias divinizadas, estas pequeñas constelaciones cuya parcial astronomía conmemora al universo ausente, intuitivo, no son –contra lo que pudiera pensarse– objetos poseídos por el fotógrafo. Sea por labor de algún maleficio o artificio o por conjuración de los signos, Ricard Baró naufraga en la vorágine seductora de sus propias imágenes.

Ya Freud escribía que la anatomía es el destino. Agobiados por la disposición excesiva de imágenes fijas y en movimiento que exaltan la sexualidad en plena y febril producción masificada, lo que nos propone el fotógrafo catalán es narrar en cada imagen las múltiples e íntimas batallas en que el hombre siempre ha de perder, aún antes de emprender la campaña.

Frente a su cámara fotográfica y luego frente a la pantalla de la computadora, Ricard Baró ha tratado de ionizar –podría decirse: exorcizar– los efectos poliédricos de la seducción femenina, sin lograrlo. Y ello es así porque se ha enfrentado a oponentes que juegan a ser poseídos mientras poseen. “Si la feminidad es principio de incertidumbre, ésta será mayor allí donde la misma feminidad es incierta: en el juego de la feminidad”, escribe Braudrillard.

A ese juego nos invitan las imágenes de la exposición “Beleza” –así, en portugués–, de Ricard Baró. Pletórica de líneas ondulantes, nuestra mirada ha de posarse en curvas que son, simultáneamente, montículos y hondonadas, en vivaces botones que hipnotizan como los ojos de una serpiente al acecho, en el recato que se pretende cuando todo se ha perdido. Y es que en el ritual de la seducción que ejerce el cuerpo femenino así fragmentado, recorreremos su superficie, reconocemos su volumen o le damos otra forma.

Roland Barthes decía que “la fotografía ha estado, está todavía atormentada por el fantasma de la pintura”. En las imágenes que Baró pasó por el tamiz de los procesos electrónicos, sucede lo que Ramón Almela llama el cruce semiótico entre la pintura y la fotografía, esas semejanzas ontológicas en el comportamiento de la imagen que descubrimos en ambas expresiones artísticas.